

La Torre del Heredero

E.

Es la torre de los Sotos... Está enfrente del Campo de la Jura. Alzase sobre un peñasco; la rodean unas huertas. A sus paredes, ennegrecidas por el tiempo, han agregado una casuca. A un lado de ella, hay un hórreo. Y cuenta la tradición que Don Pelayo se aposentaba en esta torre.



Se pregunta a un rapazuelo que salta la portilla de la entrada:

—Y ¿por qué se la llama la torre del heredero?

No lo sabe. En los bajos de la torre hay un corral. Una viejuca da de comer a las vacas. Es la señora de la posesión:

—Y ¿por qué se la llama...?

—Non lo sé...

Aquí, no la sabe nadie. Enfrente, hay un carpintero que sabe algo:

—La historia... una novela... un hijo... un padre... una mujer... un crimen...

Él sabe algo. Nosotros “inventamos” lo que falta: debemos confesarlo lealmente. Y de este modo, compusimos la leyenda confusa de esta torre.

* * *

La mujer tentaba al mozo:

— Tenéis veinticinco años, y sois pobre... Vuestra nobleza no os vale más que la miserable bastardía del gañán que os sirve...

Y el mozo respondía siempre:

— Cállate, Flor del Valle... Te lo suplico por amor de Dios...

Le tenía miedo a la palabra suavísima de Flor del Valle. En esta palabra había trinos de malvís. Tentaba, acariciaba y hechizaba. El mozo le tenía miedo, pero la oía embelesadamente. Además, en la boca de Flor del Valle se escondía una tentación. Era roja; parecía un punto de púrpura.

Se grababa en el alma como un punto. Era sangre; y era fuego. Y la llenaba de amores la luz de una sonrisa deleitosa. Además, en los ojos de Flor del Valle había temblores de sol. Eran grandes; eran verdes; parecía que podían rasgarse indefinidamente y profundizar en todas las honduras. Y parecían tan mimosos como su misma palabra. Flor del Valle era hermosa y deliciosa como un ensueño de xanas lavanderas. Había sedas y blancuras en su piel; había color de endrinas en su pelo; había gallardía en toda su hermosura... (No tenía de feo más que el nombre, pero fue el carpintero de Soto quien se lo puso).

Flor del Valle vivía en un castillo, cerca de este torreón. El señor del torreón era el padre del mozo que la amaba. Y el señor del torreón estaba enamorado de los arcones de oro. Había ido de correrías contra los árabes: les había cogido grandes riquezas, y las había guardado bajo su lecho, en la habitación más alta. Desde entonces, no había vuelto a pelear. Se pasaba las horas y los días contemplando amorosamente los arcones. No hablaba con nadie; no salía nunca. El oro le había encantado; su gozo era tocarlo

con los dedos... En la parte de la torre en que él vivía, sólo entraba su hijo... Y era su hijo el que llevaba sus mesnadas a las guerras de los moros; el que hacía sonar su nombre; el que hacía recordar su torreón. Hasta que un día, su hijo encontró a Flor del Valle en su camino. La encontró en un pueblo moro; nunca le preguntó si era cristiana. Le bastaba con que fuera tan hermosa... Desde entonces, el padre vivía sólo para el amor de sus arcones, y el hijo, para el amor de Flor del Valle.

Y Flor del Valle le decía siempre: – Tenéis veinticinco años y sois pobre...

Así metió la obsesión en el alma del mancebo. Él se dolía, como ella, de la avaricia del señor del torreón; él se dolía, como ella, de que no los dejara vivir juntos. Ella le odiaba; él también. Y ella le repetía a todas horas, con voz que era como silbo de serpiente:

– Tenéis veinticinco años, y sois pobre...

Sí, era pobre... Y él quería que en la cabeza de su amada resplandecieran las piochas de diamantes; y él quería que en los brazos de su amada se enredasen las ajorcas de oro... Aquella noche, tan negra, tan llena de inquietud y de misterio, los ojos de Flor del Valle se clavaban en sus ojos como si le quisieran fascinar, y la cabeza de Flor del Valle se apretaba contra su cabeza. Para el mozo, todo era tentación: todo le daba congoja. Fuera, la noche, los árboles, el torreón, el camino... Y dentro del camarín, una regia belleza de mujer, una boca de fuego que alentaba, unos ojos que embriagaban como un licor, unas palabras dulcísimas que cantaban una súplica, y un perfume de rosas y de cosas que hacía adormecerse el pensamiento.

Unas palabras dulcísimas, le cantaban una súplica.

– Esta noche cumplís veinticinco años.

Y aún no habéis hecho nada, ni aún por mí...

El mozo se levantó, borracho de pasión y de vehemencia.

– ¿Y qué quieres tú que haga, Flor del Valle...?

Flor del Valle le abrazó... Y le puso un puñal entre las manos.

* * *

Salieron juntos, ella detrás de él. La negrura de la noche los envolvió torvamente. El mozo sintió un ramalazo de frío; quiso pensar, quiso buscar en su cerebro alguna idea y algún sentimiento en su alma. Se detuvo... y oyeron un rumor... era un rumor abejaro (sic), ronco, denso, que parecía aplastado; un rumor con tembloneos, de ramas secas, de truenos lejanos, de cantos de viejucas. Y allá, detrás de los árboles, vieron dos hileras de luces... él exclamó:

– ¡La huestia...!

Era la huestia; era la procesión de los difuntos. Se los veía pasar, imprecisos, confusos, temblorosos... Parecía que cortaban las tinieblas de la noche. Cada difunto era una masa blanca. A un lado de cada masa, chisporroteaba una lucecilla. Y cantaban, flébilmente, broncamente...

– *A porta inferi... libera eum, Domine...*

Pasaban... Debían deslizarse sobre el suelo... Pasaban con un orden misterioso, en dos líneas largas, rectas... Parecía que salían de una nube cuajada de estrellitas, y que iban a meterse en otra nube. Cantaban solemnemente:

– *A porta inferi... libera eum, Domine...*

Al cabo, apareció un féretro. Lo llevaban cuatro manchas, cuatro masas, cuatro difuntos. Y lo llevaban sin tapa. Se le veía la cabeza al cadáver. – El mozo se acercó... se empinó sobre la punta de los pies... miró... gimió... La procesión se perdió a lo lejos... La tragaron las tinieblas. En las tinieblas temblequeaban unas lucecillas... Flor del Valle se acercó al mozo:

– ¿Quién era...?

El mozo gimió otra vez:

– Era mi padre...

* * *

Llamó a la puerta. El padre preguntó:

– ¿Quién me busca...? Yo... vuestro hijo...

– Y ¿qué quieres a estas horas...?

– Quiero hablaros de una presa que puede hacerse en Corao...

Se oyó el ruido de grandes cerrojos. Se abrió la puerta. Apareció en ella la figura raquílica del viejo señor del torreón.

– Entra... entra, hijo mío... que tentaciones me dieron de mandarte a buscar...

– ¿Por qué, padre?

– Porque esta noche tengo miedo...

Y sus manos descarnadas y temblonas se agarraron a las manos del mozo. Allí estaban los arcones... Allí estaban los montones de monedas, que se volverían collares para la garganta de Flor del Valle, y ajorcas para sus brazos, y piochas para su pelo... Allí estaban los montones de monedas que eran goce y

poder, placer y fuerza, majestad y señorío. Sobre una mesa, el viejo caballero tenía un libro y un velón. La cama estaba intacta todavía... El viejo caballero repitió:

– Esta noche tengo miedo...

Había cerrado fuertemente su ventana. Había querido dormir sobre la mesa y no lo había conseguido. Había cogido aquel libro para evitar la fijeza con que le obsesionaba un pensamiento. Y miraba a su hijo ávidamente. Y le preguntaba ávidamente:

– Esta noche que cumples veinticinco años ¿qué hay en tu corazón para tu padre?

El mozo rehuía la respuesta.

– Pero ¿por qué esa inquietud?

Sosegaos... Sosegaos, padre mío.

Y el viejo caballero repetía: – ¿Qué hay en tu corazón para tu padre...?

Tuvo que mentirle así: – Amor y veneración... Lo que yo tuve siempre para vos, que no sé por qué tembláis...

El viejo caballero se sentó sobre la cama. Miraba al suelo tristemente. Se decía tristemente: – Tampoco yo lo sé... tampoco yo lo sé... pero es que esta noche es trágica... ¡porque yo tengo un secreto...! ¡Porque en una noche como esta, la noche en que yo cumplí veinticinco años...!

No pudo terminar. El mozo se arrojó sobre él. Con una mano, le detuvo la voz en la garganta; con la otra, le clavó su puñal en el corazón. Saltó la sangre en borbotón hirviente; el viejo caballero cayó sobre su lecho; sus ojos estaban locos de terror; su boca hizo un gesto horrible... Y cuando se soltó de su garganta la mano de su hijo, las palabras brutalmente contenidas saltaron, como monedas:

– ... La noche en que cumplí veinticinco años, asesiné aquí a mi padre...

Fuera, volvió a resonar el canto de la *huestia* que tornaba: – *A porta inferi... libera eum, Domine...* Y detrás de la puerta, reía una mujer.

Fuente: Narración publicada en *El Popular*, Cangas de Onís, año III, núm. 93, de 30 de agosto de 1918, pp. 1 y 2. Ilustración: *La Torre de Soto*, fotografía de Modesto Montoto. Gentileza del *Museo de la cerámica y los relojes Basilio Sobrecueva*.